

do sabe cuán devoto es usted del emperador. Todas las probabilidades están de parte de usted.

—Papá— gritó en aquel momento Máximo desde el extremo de la mesa, —¿no es verdad que Silvia vendía cigarrillos en Marsella, en 1849?

Pero como Aristides Saccard fingiese no haber oído, el joven repuso más por lo bajo:

—Mi padre la conoció particularmente.

Oyéronse algunas ahogadas risas. Entretanto, mientras el señor Mareuil seguía saludando, el señor Haffner había proseguido con voz sentenciosa:

—La adhesión al emperador es la única virtud, el único patriotismo, en estos tiempos de interesada democracia. Todo el que quiere al emperador, quiere a Francia, por lo que veríamos con sincera alegría que el señor llegase a ser uno de nuestros colegas.

—El señor triunfará—dijo a su vez el señor Toutin-Larache. —Las grandes fortunas deben agruparse alrededor del trono.

Renata ya no pudo aguantar más. Enfrente de ella, la marquesa ahogaba un bostezo, y como Saccard se proponía reanudar la palabra:

—Por favor, amigo mío, compadécete un poco de nosotras.—Acaben ustedes ya con su antipática sonrisa.

Entonces el señor Hupel de la Noue, galante como todo un señor prefecto, dijo que a aquellas damas les sobraba razón. Y dió principio al relato de una historia escabrosa que había acaecido en su distrito. Tanto la marquesa, como la señora de Haffner y las demás rieron a más y mejor al oír ciertos detalles. El prefecto narraba de modo asaz gracioso, empleando medias palabritas, reticencias e inflexiones de voz

que comunicaban un sentido muy picaresco a las palabras más inocentes. Hablóse después del primer martes de la duquesa, de una bufonada que se había representado el día anterior, de la muerte de un poeta y de las últimas corridas del otoño. El señor Toutin-Laroche, amable a ratos, comparó a las mujeres con las rosas, y el señor de Mareuil, en la turbación en que le habían dejado sus esperanzas electorales, se descolgó con palabras de gran profundidad acerca de la nueva forma de los sombreros. Renata permanecía distraída.

En esto los convidados no comían ya. Un viento cálido parecía haber soplado sobre la mesa, empañando los vasos, desmigajando el pan, ennegreciendo las mondas de las frutas en los platos e interrumpiendo la bella simetría del servicio. Las flores se marchitaban en sus grandes búcaros de plata cincelada. Y los convidados olvidábanse de sí mismos un momento, ante los relieves de los postros, extasiados y sin valor para ponerse en pie. Con un brazo apoyado en la mesa, medio inclinados, ofrecían la mirada opaca, la vaga postración de esa embriaguez medida y decente de la gente principal que se alumbraba a traguitos. Las carcajadas habían decaído y las palabras no abundaban gran cosa. Habíase bebido y comido mucho, lo que revestía de mayor gravedad aún al grupo de señores condecorados. Las damas, en el pesado ambiente, sentían ciertos efluvios humedecerles frente y nuca. Esperaban pasar al salón, serias, un tanto pálidas, como si sus cabezas hubiesen dado ligeras vueltas. La señora de Espanet estaba coloradita, al paso que los hombros de la señora Haffner habían adquirido la blancura de la cara. Entretanto, el señor Hupel de la Noue examinaba atento el puño de un cuchillo; el señor

Toutin-Laroche continuaba lanzando el señor Haffner retazos de frases, que éste acogía con movimientos de cabeza; el señor de Mareuil soñaba mirando al señor Michelin, quien le sonreía costésmente. En cuanto a la linda señora Michelin, hacía buen rato que no soltaba una palabra; como una amapola colorada, dejaba caer bajo el mantel una de sus manos que el señor de Saffré debía de estrechar en la suya, pues se estiraba torpemente en el borde de la mesa, con las cejas estiradas y con el gesto del hombre que resuelve un problema algebraico. La señora Sidonia había vencido también; los señores Mignon y Charrier, acodados ambos y vueltos hacia ella, parecían hechizados al recibir sus confidencias; ella confesaba que se perecía por las comidas de leche y que tenía miedo a los aparecidos. Y hasta Aristides Saccard, con los ojos medio cerrados, sumido en ese arrobamiento de amo de casa que está seguro de haber achispado honradamente a sus comensales, no pensaba siquiera en dejar la mesa; contemplaba, con respetuosa ternura, al barón Gouraud, pasto de indigestión laboriosa y extendiendo sobre el blanco mantel su derecha mano, mano de viejo sensual, corta, gruesa, cubierta de amoratadas manchas y llena de pelos rojos.

Renata daba fin maquinalmente a las pocas gotas de tokai que quedaban en el fondo de su vaso. El bochornoso calor subíale al rostro, y los cortos cabellos rubios de su frente y nuca, en estado de rebeldía, iban de un lado a otro como agitados por viento húmedo. Sus labios y nariz aparecían como adelgazados nerviosamente, con el semblante mudo del niño que ha bebido vino puro. Si eran buenos y modestos pensamientos los que habían acudido a su mente ante las sombras del parque de Monceaux,

aquellos pensamientos sentíanse entonces anegados en la excitación de los manjares, de los vinos, de las luces, en aquel ambiente perturbador, en que se difundían hálitos y alegrías ardorosos. Ya no cruzaba tranquilas sonrisas con su hermana Cristina y su tía Isabel, modestas ambas, obscureciéndose y hablando apenas. Con severa y dura mirada había hecho bajar la vista al pobre señor de Mussy. En su aparente distracción, aun cuando evitase entonces el moverse, apoyada en el respaldo de la silla, en el que el raso de su corpiño crujía suavemente; dejaba escapar imperceptibles estremecimientos a cada nueva carcajada que llegaba a sus oídos desde el extremo en que Máximo y Luisa bromaban, en voz lo bastante alta para que sobresaliera del moribundo ruido de las conversaciones.

Y detrás de ella, en la penumbra, dominando con su aventajada estatura la mesa en desorden y los convidados medio desfallecidos, Bautista se mantenía en pie, con el semblante blanco, la fisonomía grave y con la desdeñosa actitud del criado que ha nutrido a sus señores. El era el único que, en aquella atmósfera cargada de embriaguez bajo las reverberantes luces de la araña, que palidecían, permanecía correcto, con su cadena de plata al cuello, con su fría mirada, a la cual los desnudos hombros de las mujeres no llevaba la más ligera llama, con el aspecto de eunuco sirviendo a parisienses de la decadencia y conservando siempre la dignidad de su persona.

Levantóse por fin Renata, con movimiento nervioso. Todos la imitaron y se dirigieron al salón, en donde el café estaba servido.

El gran salón del hotel era una vasta estancia prolongada, una especie de galería que iba de un

pabellón a otro y que ocupaba toda la fachada de la parte del jardín. Una ancha puerta ventana daba a la escalinata. Aquella galería aparecía resplandeciente de oro. El techo, ligeramente abovedado, contenía enguinaldados caprichosos, corriendo alrededor de grandes medallones dorados, que resplandecían como escudos rosetones y deslumbradoras guirnaldas rodeaban toda la bóveda; unos filetes, semejantes a chorros de metal en fusión, se extendían por las paredes, sirviendo como de marco a los teteros revestidos de tela de seda roja; grandes manojos de rosas, con gavillas de mieses que surgían de la parte superior, se deslizaban a lo largo de los espejos. Una alfombra de Aubusson, con flores de púrpura, se extendían sobre el entarimado. El mueblaje de damasco de seda colorado, las antepuertas y las cortinas de la misma tela, el enorme reloj de rocalla puesto sobre la chimenea, los jarrones de China colocados en las consolas, los pies de dos largas mesas adornadas con mosaicos de Florencia, hasta las jardineras puestas en los vanos de las ventanas: todo sudaba oro, todo destilaba oro. En los cuatro ángulos se veían otros tantos grandes candelabros sostenidos en zócalos de mármol rojo, a los que estaban unidos con cadenas de bronce dorado, que caían con simétrica gracia. Y del techo se desprendían tres arañas con colgantes de cristal, resplandecientes de gotas de luz azul y rosa, y cuyas fulgurantes claridades hacían despedir llamas a todo el oro del salón.

Los hombres no tardaron en retirarse al fumadero. El señor de Mussy fué a tomar familiarmente el brazo de Máximo, a quien había conocido en el colegio, aunque tenía seis años más que él. Llevóle hacia la terraza, y luego que hu-

hieron encendido un cigarro, quejose amargamente de Renata.

—Pero, ¿qué es lo que tiene? dígame usted. Ayer la vi y estaba amabilísima. Y he aquí que hoy me trata como si todo hubiese concluido entre nosotros. ¿Qué crimen he podido cometer? Me haría usted un gran favor, querido Máximo, si la preguntara y le dijera lo mucho que me hace padecer.

—¡Ah! en cuanto a eso, no — contestó Máximo riendo. — Renata está nerviosa, y no tengo empeño en recibir el chaparrón. Compónganselas ustedes, y obre usted por sí mismo.

Y agregó, después de haber lanzado sibaríticamente una bocanada de humo de su cigarro habano:

—¡Pues bonito papel quiere usted que yo haga!

Pero el señor de Mussy púsose a hablar de su estrecha amistad, y acabó por decirle que no esperaba sino una ocasión para probarle lo mucho que le consideraba. Teníase por muy desgraciado; ¡era tanto lo que quería a Renata!

—Bueno, bueno, convenido — dijo por último Máximo, — ya le diré algo; mas tenga usted entendido que nada prometo; de seguro que me mandara a que se lo cuente a mi abuela.

Entraron en el fumadero y se arrellenaron en cómodos sillones camas. Allí, durante media hora larga, el señor de Mussy contó sus cuitas a Máximo; díjole por la décima vez cómo se había enamorado de su hermosa madrastra y cómo ella se había dignado distinguirlo; y Máximo, en tanto que daba fin a su cigarro, se puso a aconsejarle, a explicarle el carácter de Renata y a aconsejarle de qué medios habría de valerse para dominarla.

—Si yo estuviera en lugar de usted, obraría

con mucho atrevimiento. Eso es lo que a ella le gusta.

La sala de fumar, al extremo del gran salón, era una de las habitaciones redondas formadas por las torrecillas; su decorado era riquísimo al par que sobrio. Tapizada con imitaciones del cuero de Córdoba, tenía cortinajes y antepuertas de tela argelina, y, como alfombra, una moqueta de dibujo persa. El mueblaje, tapizado de piel de zapa, color de madera, componiase de taburetes, de butacas y de un diván circular, que guardaba en parte la redondez de la habitación. La pequeña araña del techo, los adornos tanto del velador como de la chimenea, eran de bronce florentino color verde pálido.

Apenas habían quedado con las damas algunos jóvenes y ciertos viejos de pálido y blandujo semblante, que tenían horror al tabaco. En el fumadero se reía y se bromeaba con entera libertad. El señor Hupel de la Noue regocijó por todo lo alto a aquellos señores, contándoles de nuevo la historia que había referido durante la comida, pero con aditamentos de color más que subido. Era aquella su especialidad, contaba siempre con dos versiones de una anécdota, una para las señoras y otra para el sexo feo.

Así que entró Aristides Saccard, todos le rodearon y le dieron la enhorabuena, pero como hacía como que no entendía, el señor de Saffré le dijo, empleando una frase muy aplaudida, que había merecido bien de la patria, con evitar que la hermosa Laura de Aurigny hubiese pasado a los ingleses.

—No, no, señores, en verdad que ustedes se equivocan — tartamudeó Saccard con falsa modestia.

—Vaya, no vengas ahora defendiéndote — ex-

clamó regocijadamente Máximo.—A tu edad eso es de primera.

El joven, que acababa de tirar el cigarro, se volvió al gran salón. Había llegado mucha gente. La galería estaba atestada de trajes negros, en pie y hablando a media voz, y de faldas, holgadamente extendidas a lo largo de los confidentes. Los criados empezaron a pasear bandejas de plata cargadas de helados y de vasos de ponche.

Máximo, que deseaba hablar con Renata, atravesó el gran salón en toda su longitud, sabiendo muy bien en dónde daría con el cenáculo de aquellas señoras. Había, en el otro extremo de la galería, y formando juego con el salón de fumar, una pieza redonda de la que se había hecho un precioso retrete; con sus tapicerías, sus cortinajes y sus antepuertas de raso botón de oro, revestía un voluptuoso encanto, un sabor original y exquisito. Los resplandores de la araña, delicadamente dispuesta, cantaban una sinfonía en amarillo menor, en medio de todas aquellas estofas de color de sol; era como un irradiar de tenues rayos, una puesta de astro que se duerme sobre sábana de doradas mieses. En el suelo, la luz venía a extinguirse sobre una alfombra de Aubusson sembrada de hojas secas. Un piano de ébano, incrustado de marfil, dos pequeños muebles, cuyos espejos permitían ver un mundo de preciosas baratijas, una mesa Luis XVI, una consola jardinera coronada por multitud enorme de flores, bastaban para amueblar la habitación. Los confidentes, las butacas, los taburetes, estaban tapizados de raso botón de oro apuntado, con anchas fajas de raso negro bordado con vistosos tulipanes. Veíanse también allí asientos bajos, todas las variedades elegantes y caprichosas del taburete. La madera de

aquellos muebles quedaba oculta a la vista; el raso, el apuntado, lo cubrían todo. Los respaldos con sus muelles estaban cubiertos por almohadones. Todo allí tenía apariencias de discretos lechos de pluma, en donde se podía dormir y amar, en medio de un cálido ambiente que convidaba a lascivas sensualidades.

Renata sentía predilección por aquel saloncito, una de cuyas puertas ventanas daba al magnífico invernadero adosado al lado del hotel. Durante el día, allí pasaba sus horas de ocio. La tapicería amarilla, lejos de apagar los tonos de su cálida cabellera, los doraba con resplandores extraños; destacábase su cabeza en medio de claridades de aurora, rosada y blanca como la de la rubia Diana despertándose al herirle la luz matutina; por eso sin duda tenía cariño a aquella habitación, que ponía su belleza tan a la claridad del día.

En aquella ocasión se encontraba allí con sus íntimas amigas. Su hermana y su tía se acababan de ir y ya no había en el cenáculo más que cabezas de chorlito. Medio recostada en un confidente, Renata prestaba oído atento a los secretos de su amiga Adelina, quien le hablaba muy bajo con ademanes de gata y atropelladas risitas. Susana Haffner se hallaba muy rodeada; hacía frente a un grupo de jóvenes, que la estrechaban muy de cerca, sin que perdiese su languidez alemana, su provocativo descaro, desnudo y frío como sus hombros. Allá en un rincón, madama Sidonia daba lecciones en voz bajita a una joven con pestañas de virgen; más allá, Luisa, en pie, hablaba con un buen mozo, tímido que se sonrojaba hasta las orejas; en tanto que el barón Gouraud, en plena luz, dormitaba en su sillón, exhibiendo sus blandujas carnes y sus anchos hombros de elefante macilento.

en medio de las delicadas gracias y de la sedosa delicadeza de las damas. Y en toda la habitación, sobre los vestidos de raso, de anchos pliegues y brillantes como porcelana, sobre los hombros cuya deslumbradora blancura se veía cubierta de diamantes, una claridad de encantamiento caía deshecha como en polvos de oro.

Voces delicadas, y risas semejantes a un arrullo, llegaban a los oídos con tersuras de cristal. Hacía mucho calor; los abanicos con su batir de alas, se agitaban lentamente, difundiendo a cada aleteo, en el lánguido ambiente, los almizclados perfumes de los corpiños.

Cuando Máximo se presentó bajo el dintel de la puerta, Renata, que escuchaba a la marquesa con distracción, se levantó de repente, como si tuviese que desempeñar su papel de ama de casa. Dirigióse al gran salón, a donde la siguió el joven. Allí dió algunos pasos, sonriente, y distribuyendo apretones de manos; después, atrayendo a Máximo aparte:

—Vaya — le dijo a media voz y con irónico acento, — la carga es suave; no resulta tan estúpido el hacerle la corte.

—No comprendo— contestó el joven, que iba a defender la causa de De Mussy.

—Me parece que he hecho bien en no libertarte de Luisa. Parece que los dos vais deprimida.

Y agregó con cierto despecho:

—En la mesa resultaba hasta indecente.

Máximo se echó a reír.

—¡Ah! sí, estuvimos contándonos algunas historias. No conocía bien a esa niña. Es muy graciosa y tiene todo el aspecto de un muchacho.

—¿Crees por ventura, querida mamá, que le he pellizcado las rodillas bajo la mesa? ¡Qué

diantre! ¡uno sabe cómo ha de portarse con su prometida!... Tengo algo más grave que decirte. Escúchame... Me escuchas, ¿verdad?

Y bajó la voz más todavía.

—Verás... De Mussy se siente muy desgraciado, acaba de decírmelo. Por mi parte, como tú comprendes, mi oficio no es el de ponerlos en paz, si por acaso habéis perdido las amistades. Pero, como tú sabes, le conocí en el colegio, y como en realidad parecía desesperado, le he prometido decirte dos palabras.

Y se detuvo. Renata le miraba por modo indefinible.

—¿No contestas?...—prosiguió. Lo mismo da; mi encargo queda desempeñado. Arreglaos como mejor os cuadre. El pobre muchacho me ha dado lástima. Yo, en tu lugar, le enviaría alguna palabra consoladora.

Entonces Renata, que no había cesado de mirar a Máximo con los ojos fijos, en que resplandecía viva llama, contestó:

—Ve y di a De Mussy que me encocora.

Y prosiguió andando lentamente en medio de los grupos, sonriendo, saludando y dando apretones de manos. Máximo se quedó plantado, con tanta boca abierta; después se echó a reír para sus adentros.

Nada deseoso de cumplir el encargo recibido para De Mussy, dió la vuelta alrededor del salón. La velada tocaba a su fin, maravillosa y trivial como todas. Era cerca de media noche y la concurrencia se iba retirando poco a poco.

No queriendo Máximo ir a recogerse, desagradablemente impresionado, se decidió a ir en busca de Luisa. Pasaba por delante de la puerta de salida, cuando vió en el vestíbulo a la preciosa señora de Michelin, a la cual su marido envol-

vía con toda delicadeza en una "salida de baile" azul y rosa.

—Ha estado delicioso, encantador—decía la joven. Durante toda la comida hemos estado hablando de ti. Hablará al ministro; sólo que no es a él a quien el asunto concierne...

Y como, al lado de ellos, un lacayo envolvía al barón Gouraud en un gran gabán forrado de pieles:

—Ese gordo señor sería quien conseguiría el negocio—agregaba al oído de su marido, mientras que éste le anudaba bajo la barba los cordones del capuchón.—Hace cuanto se le antoja en el ministerio. Mañana, en casa de los Mareuil, será preciso tratar...

El señor Michelin se sonrió. Partió con su costilla con toda precaución, como si llevara al brazo un objeto frágil y precioso. Máximo, después de asegurarse con una mirada de que Luisa no estaba en el vestíbulo, se dirigió en derecha al saloncillo. En efecto, se encontraba todavía allí, casi sola, esperando a su padre, quien debió de haber pasado la velada en el fumadero, con los hombres políticos. La marquesa y la señora de Haffner, ya se habían ido. No quedaba más que la señora Sidonia, quien decía a las esposas de algunos funcionarios lo mucho que le gustaban los animales.

—¡Ah! ya está aquí mi maridito—exclamó Luisa.—Siéntese usted aquí y dígame en qué sillón ha podido mi padre quedarse dormido. Sin duda se ha figurado hallarse ya en la Cámara.

Máximo le contestó en el mismo tono, y ambos jóvenes volvieron con la mejor gana a sus regocijadas carcajadas de la comida. Sentado a sus pies, en un asiento muy bajo, acabó por cogerle las manos y por jugar con ella como con un amigo del alma. Y, en realidad, con su vesti-

do de seda blanco, con pintitas coloradas, con su corpiño hasta arriba, con su pecho aplastado y con su cabecilla fea y sagaz de pilluelo, parecía un muchacho disfrazado de mujer. Mas, sucedía a veces que sus delgados brazos y su desviado talle, tomaban posturas de abandono; y la ardiente brillantez que aparecía en el fondo de sus ojos, rebosantes aun de puerilidad, no la llevaban a ruborizarse lo más mínimo por los juegos de Máximo. Y ambos ríe que te ríe, creyéndose solos, sin percatarse siquiera de que Renata estaba en medio del invernadero, medio oculta y mirándoles desde lejos.

Hacía un instante que, al atravesar un pasillo, la vista de Máximo y de Luisa hizo que la joven se detuviera detrás de un arbusto. A su alrededor, el invernadero, semejante a una nave de iglesia, cuyas delgadas columnillas de hierro subían de un solo arranque para sostener la abovedada cubierta de vidrio, ostentaba sus lozanas vegetaciones, sus macizos de poderosas hojas, sus haces exuberantes de verdura.

En el centro, en un estanque de forma elíptica al nivel del suelo, vivía, con la vida misteriosa y glauca de las plantas de agua, toda la flora acuática de las regiones del sol. Los ciclan- tos, alzando sus penachos verdes, rodeaban, con cinturón monumental, el surtidor, que se asemejaba al capitel truncado de alguna columna ciclópea. A los dos extremos, enormes tornelias extendían sus extrañas malezas por encima del estanque, sus ramas secas, desnudas, retorcidas como serpientes enfermas, y dejando caer aéreas raíces, semejantes a redes de pescador colgadas al aire libre. Cerca de la orilla, un pandano de Java desplegaba su gavilla de verdosas hojas, estriadas de rayas blancas, delgadas como espadas, espinosas y dentadas como puñales ma-

layos; y, a flor de agua, en la tibieza de aquella superficie dulcemente dormida, los nenúfares abrían sus rosados cálices, mientras que las enrietas arrastraban sus redondas hojas, sus hojas leprosas, nadando a ras del agua, como caparazones de monstruosos sapos cubiertos de pústulas.

Una ancha capa de selaginela rodeaba el estanque; esta especie de helecho enano formaba una espesa alfombra de musgo, de verde claro; y, más allá de la grande avenida circular, cuatro enormes grupos de árboles se remontaban vigorosamente hasta la bóveda; las palmeras, graciosa y ligeramente inclinadas, abrían sus abanicos, dejando caer sus palmas, cual si fuesen remos dispuestos para su eterno viaje por el azulado firmamento; los grandes bambúes de la India se alzaban rectos, delgados y duros, dejando caer desde la altura su ligera lluvia de hojas; un ravenalo, el árbol del viajero, alzaba su ramillete de inmensas pantallas chinas; y, allá en un rincón, un plátano, cargado de racimos de fruto, extendía en todas direcciones sus largas hojas horizontales, en las que dos amantes podrían tenderse con comodidad, estrechándose el uno contra el otro. Veíanse en los ángulos euforbios de Abisinia, esos cirios espinosos, contrahechos, llenos de vergonzosas jorobas, sudando veneno. Y, bajo los árboles, para cubrir el suelo, los helechos enanos, los adiantos y los ptérides, ostentaban sus delicados encajes y sus elegantes recortes. Las alofilas, de la más alta especie, extendían sus gradas de ramas simétricas, y de seis ángulos, y tan regulares, que habríaselas tenido por grandes piezas de fayenza destinadas a contener frutas de algún postre gigantesco. Una orla de begonias y de caladios rodeaba los grupos; las begonias, de retorcidas

hojas, elegantemente manchadas de verde y rojo; los caladios, cuyas lanceoladas hojas, blancas y con nervios verdes, parecen anchas alas de mariposa; todas plantas raras cuyo follaje vive por modo extraño, con sombrío brillo o pálido de enfermizas flores.

Detrás de los grupos de vegetación, otra avenida, más estrecha, daba la vuelta al invernadero. Allí, sobre una gradería, que medio ocultaba los tubos de calefacción, florecían las marantas, suaves al tacto como terciopelo; las gloxinias, con campanillas color de violeta, las dracenas, semejantes a hojas de vieta laca barnizada.

Pero uno de los principales encantos de aquel jardín de invierno se encontraba en los cuatro ángulos; eran una especie de antros de verdura, unos a modo de bóvedas profundas, cubiertas por espesos cortinajes de bejucos y otras plantas trepadoras. Algunos trozos de selva virgen habían levantado en aquellos sitios verdaderas murallas de follaje, con su impenetrable desorden de flexibles vástagos, enredándose en el ramaje, atravesando el espacio con atrevido vuelo y volviendo a caer de la bóveda como borlas de ricas colgaduras. Un árbol de la vainilla, cuyo maduro fruto exhalaba penetrante perfume, se extendía por la redondez de un pórtico guarnecido de musgo; las cocas de Levante tapizaban las columnitas con sus redondas hojas; las bauhimias, con sus racimos rojos, los quíscualos, cuyas flores pendían como collares de bujerías de vidrio, desfilaban, se esparcían, se anudaban, como delgadas culebras, jugando y extendiéndose sin fin en los oscuros verdores.

Y, bajo las arcadas, entre las espesuras, aquí y allá, unas cadenitas de hierro sostenían canastillas, en las cuales se ostentaban brquídeas,

plantas raras de aire libre, que prenden por doquier sus vástagos nudosos, rechonchos y encorvados, como miembros enfermos. Veíanse allí también zuecos de Venus, cuya flor guarda semejanza con una maravillosa zapatilla, guarnecida en el talón con alas de libélula, o caballito del diablo; las aéridas, de tan delicado perfume; las stanhopeas, las flores pálidas y atigradas, que transmiten a lo lejos tan desagradable aliento, como el de la amarga garganta del convaleciente.

Pero lo que, entre todas las vueltas y revueltas de las avenidas, atraía las miradas, era un gran hibisco de la China, cuya inmensa sábana de verdura y de flores cubría todo el lado del hotel en que el invernáculo estaba adosado. Las anchas flores color de púrpura de aquella malva gigantesca que se reproducían sin cesar, tan sólo viven unas horas; habríaselas tenido por sensuales bocas de mujer, que se abrían con los labios rojos y húmedos de alguna gigantesca Mesalina, a quien los besos mataban y que renacían a la continua con su sonrisa ávida y sangrienta.

Renata, junto al estanque, se estremecía en medio de aquella soberbia florescencia. Detrás de ella, una gran esfinge de mármol negro, asentada sobre un bloque de granito, con la cabeza vuelta hacia el acuario, ostentaba una sonrisa de gato astuto y cruel, y aparecía, como el Idolo sombrío, de relucientes muslos, de aquella tierra de fuego. En semejante hora, los globos de cristal mate iluminaban el follaje de blancos fulgores; las estatuas, los bustos de mujer, cuyo cuello se ladeaba henchido de risas, aparecían blancos en el fondo de las espesuras, con manchas de sombras que retorcían sus locas carcajadas. En el agua espesa y dormida del estan-



que, extraños y juguetones rayos se movían, iluminando con indecisas formas los verdosos conjuntos, semejantes a bosquejos monstruosos. Sobre las lisas hojas del Ravenala, sobre los barnizados abanicos de las palmas brasileñas; extendíase una oleada de resplandores blanquecinos; al paso que, de los encajes de los helechos, caían en menuda lluvia gotas de luz; en lo alto brillaban reflejos de cristal entre las sombrías copas de las altas palmeras. Después, todo alrededor, en la obscuridad se amontonaba; las bóvedas, con su follaje de trepadores bejuco, anegábanse en las tinieblas, como nidos de reptiles aletargados.

E, inundada en vivísima luz, Renata pensaba mirando de lejos a Luisa y a Máximo. No era ni el ensueño flotante, ni la adormecida tentación del crepúsculo, en las frescas avenidas del Bosque. Sus pensamientos no se hallaban ya arrullados y adormecidos por el tróte de sus caballos, a lo largo de las praderas de musgo y de los bosquecillos, en donde las familias burguesas comen los domingos. Ahora un deseo franco, agudo la embargaba.

Un amor inmenso, una voluptuosa necesidad se cernía en aquella cerrada nave, en donde hervía la ardiente savia de los trópicos. Sentíase la joven como en brazos de esas potentes bodas de la naturaleza que engendraba en torno suyo los follajes sombríos, los troncos colosales, y los punzantes alumbramientos de aquella madre de fuego, aquel florecimiento de selva, aquel mar de vegetaciones, ardientes desde las mismas entrañas que las nutrían... lanzaban sobre ella turbadores efluvios cargados de embriaguez. A sus pies, el estanque, la masa de agua tibia, espesada por los jugos de las raíces flotantes, parecía despedir humo y llevaba a sus hombros

un manto de pesados vapores, una cálida atmósfera que le encendía la piel, como al contacto de una mano húmeda de voluptuosidad. Sentía sobre su cabeza el rocío de las palmeras y los elevados follajes despedir sus aromas. Y mucho más que la ardiente sofocación de la atmósfera, más que las vivas claridades, más que las flores anchas, deslumbradoras, semejantes a rostros, riendo, o haciendo muecas entre las hojas, eran los embriagadores perfumes los que sobre todo la trastornaban. Olores indefinibles, penetrantes, excitativos, formados de perfumes mil; transpiraciones humanas, alientos de mujer, olores de cabelleras; ráfagas suaves e insulsas hasta el desmayo, veíanse interrumpidas por bocanadas pestilenciales, rudas, cargadas de venenos. Pero, en medio de aquella extravagante música de olores, la frase melódica que volvía siempre, dominando, ahogando las delicadezas de la vainilla y las agudas puntas de las orquídeas, era aquel olor humano, penetrante, sensual, aquel olor de amores que exhala por las mañanas la cerrada alcoba de los jóvenes esposos.

Renata, poco a poco, se había ido acercando al zócalo de granito. Con su traje de raso verde, con la garganta y el rostro teñidos de rojo, humedecidos por las diáfanas gotas de sus diamantes, parecía a una gran flor, rosada y verde, a uno de los nenúfares del estanque, languideciente por el calor.

En aquella hora de clara visión, todas sus buenas resoluciones se desvanecían para siempre, la embriaguez de la comida subíasele a la cabeza, imperiosa, cantando victoria, centuplicada por los ardorosos efluvios de la estufa. Ya no pensaba en el fresco ambiente de la noche que la había calmado, en aquellas susurrantes

sombras del parque, cuya voz le había aconsejado la dichosa paz. Sus sentidos de ardiente mujer, sus caprichos de mujer estragada, despertábanse en ella. Y, por encima de su cabeza, la grande esfinge de mármol negro se reía con risa misteriosa, como si hubiese leído el deseo al fin formulado que galvanizaba aquel corazón muerto, el deseo, por tanto tiempo fugitivo. Aquella "otra cosa", en vano buscada por Renata, en los vaivenes de su carretela, en el invisible polvillo de la caída de la tarde, acababa de serle repentinamente revelada a la viva claridad, en medio de aquel jardín de fuego, a la vista de Luisa y Máximo, riendo y jugando, con las manos entrelazadas.

En aquel instante salió un rumor de voces de una de las cercanas grutas, a donde Aristides Saccard había llevado a los señores Mignon y Charrier.

—No, en rigor de verdad, señor Saccard—decía la tartajosa voz de este último,—no nos es posible volvérselo a comprar a usted a más de doscientos francos el metro.

Y la agría voz de Saccard exclamaba:

—Mas, por lo que toca a mi padre, ustedes me han adjudicado el metro de terreno a razón de doscientos cincuenta francos.

Y las voces continuaron, brutales, repercutiendo por modo extraño en las colgantes ramas del follaje. Mas no hicieron sino atravesar como vano ruido el ensueño de Renata, ante cuyo espíritu se erguía, con la atracción del vértigo, un goce desconocido, furioso de crimen, más ardiente que cuantos había ya apurado, el último que le quedaba por gozar. Ya no se sentía cansada.

El arbusto tras del cual medio se ocultaba, era una planta maldita un tanghin de Madagascar,

con anchas hojas de boj, con ramas blancuzcas, cuyos menores nervios destilaban un jugo ponzoñoso. Y en un instante, cuando Luisa y Máximo reían de la mejor gana, en el reflejo amarillo, en la puesta del sol del saloncillo, Renata, fuera de sí, con la boca seca e irritada, llevóse a los labios una ramita de tanghin que se hallaba a la altura de su boca, y mordió una de sus amargas hojas.

## II

Aristides Rougon cayó sobre París al siguiente día del 2 de diciembre, con ese olfato de las aves de rapiña que huelen de lejos los campos de batalla. Llegaba de Plassans, subprefectura del Mediodía, en donde su padre acababa de pescar en el río revuelto de los acontecimientos una recaudación largo tiempo codiciada. Aristides, joven aun, después de haberse comprometido como un tonto, sin gloria ni provecho, debió de considerarse muy feliz con sólo haber salido indemne de la sarracina. Acudía, dado a los mil demonios por haber errado el camino, echando sapos y culebras de la provincia, hablando de París con apetitos de lobo y jurando que no volvería a ser tan rocín; la incisiva sonrisa que acompañaba estas palabras adquiría una endiablada significación en sus delgados labios.

Llegó a París en los primeros días de 1852. Llevaba consigo a su mujer, rubia e insípida, a quien instaló en una mezquina habitación de la calle de Saint-Jacques, como mueble que es-